

P. Raniero Cantalamessa, ofmcap.

LA ORDEN FRANCISCANA SEGLAR
MEMORIA VIVA DE LA PRIMITIVA PREDICACION FRANCISCANA

40° Aniversario de la aprobación de la Regla Paulina de la OFS
Roma, Seraphicum, 24 marzo 20

«Va, Francisco, repara mi Iglesia»

La llave para entender un profeta, en la Biblia, es la narración de su vocación. Debemos siempre volver atrás hasta el momento cuando el profeta es cogido por la potencia de Dios que le dice: “va a esta gente y diles...” También Francisco tuvo su llamada, su “anda,va” y ha sido cuando desde el Crucifijo de S. Damián salió una voz (no sabemos si real y física, o solamente interior) que le dijo: “*Va, Francisco y repara mi Iglesia que, como lo ves, se está volviendo una ruina*”.

Para descubrir el Francisco de la primera hora debemos por tanto ver lo que va a decir a la Iglesia después del envío de parte de Cristo; debemos, entonces, examinar cómo él entendió y realizó su “misión”. Tenemos, para esto, algunos hilos conductores. Uno de ellos es sin duda la predicación de Francisco la mañana siguiente a su conversión. Repasemos los escritos de Francisco, o sobre Francisco, para ver lo que se pone a predicar y a decir a la gente, después de haber oído este “Va, Francisco”.

Es sorprendente, pero todos lo han notado: Francisco habla casi siempre de “hacer penitencia”. En su predicación, esta expresión ocupa el mismo puesto que ocupa, en la predicación de Jesús, la frase: “Convertiros porque el reino de los cielos está cerca!” Es de esa manera que evoca de nuevo en su Testamento los inicios de su nueva vida:

“El Señor me dio a mí, el hermano Francisco, el comenzar a hacer penitencia de esta manera. Porque, como estaba en pecados, me parecía muy amargo ver leprosos. Y el Señor mismo me condujo en medio de ellos, y practiqué con ellos la misericordia. Y, al separarme de ellos, lo que me parecía amargo se me volvió dulzura del alma y del cuerpo. Y después de permanecer un poco, salí del siglo.”¹

A partir de ese momento, cuenta Celano, con mucho fervor y exaltación, él comenzó a predicar la penitencia, los edificando todos con la sencillez de su palabra y la magnificencia de su corazón². Por donde iba, Francisco decía, recomendaba, suplicaba que hicieron penitencia. Poco después su conversión, inició un viaje en la Comarca de Ancona; estaba él y el hermano Egidio. Francisco, en cuanto veía reunida un poco de

¹ Fuentes Franciscanas [FF], nr. 110.

² FF, 358.

gente, lloraba, y los suplicaba de hacer penitencia. Egidio, que sabía hablar todavía menos, tomaba las personas que habían escuchado Francisco a parte y les decía: “escuchad bien, lo que este hombre os dice, porque parece sencillo, pero viene de Dios!” Esa era toda su predicación y la gente lloraba y se convertía ³. Y todos querían saber quién eran y a pesar – nota el biógrafo – de que resultaba pesado responder a tantas interrogaciones, ambos confesaban con sencillez ser penitentes originarios de Asís.⁴

Penitentes originarios de Asís: eso es lo que pensaban ser, Francisco y sus primeros compañeros. En la *Leyenda de los tres compañeros*, leemos que Francisco exhortaba los hermanos diciendo:

“Vamos por el mundo, exhortando a todos, más con el ejemplo que con las palabras, a hacer penitencia de sus pecados y recordarse de los mandamientos de Dios. No tengáis miedo de ser creídos insignificantes o desequilibrados, pero anunciáis con ánimo y sencillez la penitencia. ¡Tened confianza en el Dios que ha vencido el mundo! Él habla con su Espíritu en vosotros y a través de vosotros, empujando hombres y mujeres a convertirse en Él y a observar sus reglas”⁵

En la Regla no bulada utiliza acentos todavía más apasionados: “«Todos los pueblos, las gentes, las razas, las lenguas, todas las naciones y todos los hombres de la tierra, que son y serán, nosotros, frailes menores, servidores inútiles, humildemente rogamus y suplicamos de perseverar en la verdadera fe y en la *penitencia* ya que de otra manera nadie puede ser salvado» ⁶. Finalmente, cuando le llegó hermana la muerte, al describirla el biógrafo así sintetiza su vida:

«Ya, (a S. Maria de los Ángeles), cumpliéndose los cuarenta y cinco años de su vida y los veinte años de su perfecta penitencia, en el año de Dios 1226, el 4 de octubre, migró hacia Jesús Cristo» ⁷. La historia de Francisco se abre en el Testamento con el tema de la penitencia y se cierra con el mismo.

He insistido sobre este tema de la penitencia porque la Orden Franciscana Seglar nació justamente de esa predicación primitiva de Francisco y sus compañeros y el recuerdo a través todos los cambios históricos se mantiene todavía vivo. La regla originaria de la OFS es la carta di Francisco titulada “exhortación a los hermanos y las hermanas de la penitencia.” Es ella que constituye el Prólogo de la Regla actual, promulgada por Pablo VI en 1978, y encarna en él el espíritu y la intuición originaria.

³ FF, 1436-1437.

⁴ FF, 1508.

⁵ FF, 1440.

⁶ FF, 68.

⁷ FF, 1824.

Qué entendía Francisco por “hacer penitencia”

Pero es necesario hacernos una pregunta: ¿Qué entendía Francisco con la palabra “penitencia”? Respecto a eso, hemos caído desgraciadamente en un grave error. Hemos reducido el mensaje de Francisco a una sencilla exhortación moral, a golpearse el pecho, lamentarse y mortificarse para expiar los pecados, mientras esto tiene toda la inmensidad y el respiro del evangelio de Jesús. Francisco no exhortaba a hacer “penitencias”, sino a hacer “penitencia” (al singular) y veremos que esto es totalmente otra cosa.

Para descubrir de qué se trata, conviene ajustarse a las expresiones latinas utilizadas por Francisco. No olvidemos que Francisco escribió el Cántico de las criaturas en italiano y por eso está considerado como uno de los iniciadores de la lengua italiana; pero, a parte en algunos pocos casos, su lengua era el latino, un latino cierto no clásico, pero quedaba latino. ¿Y qué encontramos en el texto latino de sus escritos, y que viene traducido con “hacer penitencia”? ¿Qué encontramos, por ejemplo, en el Testamento, cuando escribe: “ El Señor me dio a mí, hermano Francisco, así de hacer penitencia”? Encontramos la expresión “*poenitentiam agere*”.

Ahora se sabe que Francisco quería predicar el evangelio *sine glossa*, sencillamente y puramente, su regla primitiva, aprobada oralmente por Inocencio III, era solo un centenar de frases evangélicas. Le gustaba expresarse con las palabras mismas de Jesús. Y esta palabra - hacer penitencia – era la palabra con la cual empezó a predicar, la que, a principios de su ministerio, repetía en cada ciudad y cada pueblo por donde pasaba. Lo atesta el evangelista Marcos:

Después de que encarcelaron a Juan, Jesús se fue a Galilea a anunciar las buenas nuevas de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio.¹⁵” (Mc 1,15).

La palabra que hoy se traduce por “convertiros”, en el texto latino utilizado por el Poverello, resonaba “*poenitemini*”, haced penitencia. Francisco no ha hecho más que lanzar de nuevo el gran anuncio de Jesús, su “buena noticia”. Para entender entonces el anuncio que Francisco hizo resonar en su tiempo hace falta partir de nuevo de esta palabra de Jesús.

Antes de Jesús, convertirse significaba siempre un “volver atrás” (el término hebraico, *shub*, significa invertir la rueda, sus propios pasos). Indicaba la acción de quien, a un cierto punto de la vida, se da cuenta de estar “fuera del camino”. Entonces se para, reflexiona; decide regresar a la observancia de la ley y volver en la alianza con Dios. Hace una verdadera y propiamente “inversión de marcha”. La conversión, en este caso, tiene un significado fundamentalmente moral y sugiere la idea de algo pesado por cumplir: cambiar las costumbres, parar de hacer esto o aquel.

Esto es el significado habitual de conversión en la boca de los profetas, hasta Juan Bautista incluido. Pero en los labios de Jesús este significado cambia. No porque él se divierte a cambiar los significados de las palabras, sino porque, con su llegada, las cosas están cambiadas. “*El tiempo ha cumplido y el Reino de Dios ha llegado*”. Convertirse

ya no significa, en este caso, volver atrás, a la antigua alianza y en la observancia de la ley, sino más bien hacer un salto en adelante y entrar en el reino, agarrar la salvación que llegó gratuitamente a los hombres, por iniciativa libre y soberana de Dios.

Conversión y salvación se han intercambiado. No primero la conversión y después, como su consecuencia, la salvación: sino al contrario: primero la salvación, y después, como su exigencia, la conversión. No: conviértase y el Reino vendrá entre vosotros, el Mesías llegará, como lo iban diciendo los últimos profetas, sino: conviértase porque el Reino ha llegado ya, está en medio a vosotros. Convertirse es tomar la decisión que salva, la “decisión de la hora”, como la describen las parábolas del Reino. “Convertiros y creed” no significa entonces dos cosas diversas y sucesivas, sino que son la misma acción fundamental: ¡convertiros, es decir creed! ¡Convertiros creyendo!

Todo esto requiere una verdadera “conversión”, un cambio profundo en la manera de concebir nuestras relaciones con Dios. Exige de pasar de la idea de un Dios que pide, que ordena, que amenaza, a la idea de un Dios que viene las manos llenas para darse totalmente a nosotros. Es la conversión de la “ley” a la “gracia”.; es el mensaje de la justificación gratuita por medios de la fe que tanto preocupaba a San Pablo.

Cada religión o cada filosofía religiosa empieza diciendo a los hombres lo que deben hacer para salvarse, que sean practicas ascéticas o especulaciones intelectuales. Empieza con los deberes. El cristianismo no empieza diciendo a los hombres lo que deben hacer para salvarse, sino lo que Dios, en Cristo, ha hecho para salvarles. Asimismo, en el cristianismo están los deberes, los mandamientos y uno de ellos es considerado “el primero y el más grande de todos”: amar a Dios con todas nuestras fuerzas y el próximo como sí mismo. Totalmente verdadero, pero los mandamientos y los deberes se sitúan a un segundo nivel. Encima de esto está el piso del don. ¡El cristianismo es la religión de la gracia!

Yo no sé si Francisco había en mente todo esto, no lo creo. En su tiempo no hacía falta afirmar tanto esta jerarquía entre la fe y las obras. La fe era un hecho adquirido; se vivía en una sociedad cristiana a donde todo era impregnado de fe, a pesar de todas las incoherencias en la vida práctica. Entonces lo que hacía falta predicar a la gente, eran las consecuencias concretas de lo de creer. Nosotros hoy ya no vivimos en una “societas christiana”, en cierto modo vivimos en una sociedad “post-cristiana”. Tenemos por tanto volver a restablecer la jerarquía seguida por los apóstoles.

Se sabe que en la Iglesia apostólica la distinción entre Kerigma y Didaqué era clara, o sea entre el anuncio de la fe del misterio pascal de Cristo y la enseñanza moral sobre los vicios a evitar y las virtudes a cultivar, en particular la virtud más importante que es la caridad. Así también está clara la convicción, especialmente en San Pablo, que la fe no brota en presencia de la enseñanza moral sino en presencia del Kerigma, del anuncio de la muerte y resurrección de Cristo: “*que si confesaras con tu boca que Jesús es el Señor y creyeras en tu corazón que Dios le resucitó de los muertos, serías salvado*” (Rom 10,9).

Obedeciendo a las prescripciones canónicas de los tiempos y a las recomendaciones explícitas del Papa, Francisco, en su Regla, añade como contenido de las predicaciones de los hermanos “los vicios y las virtudes, las penas y la gloria”. Pero si el sentido evangélico de la palabra “*convertiros y creed*” no estaba ni en la boca ni bajo la pluma de Francisco, estaba por tanto en su corazón. Toda su persona proclamaba en voz alta el sentirse feliz de su descubrimiento del tesoro escondido y de la perla preciosa. No vendía todos sus bienes para encontrar el tesoro escondido, porque había encontrado el tesoro escondido. También para él, el don había precedido el deber. Francisco no necesitaba anunciar con las palabras el misterio pascal – la cruz y la resurrección de Cristo –; su persona misma se había transformada en imagen viva de esto; su vida era su predicación.

Nosotros Franciscanos de hoy estamos llamados a hacer explícito lo que en Francisco era explícito u oculto, a proclamar lo que Francisco *vivió* y no solamente lo que *escribió*. Él quiere con todas sus fuerzas una única cosa: vivir de nuevo el evangelio y predicar el evangelio. Imitarlo en lo que fue el anhelo de toda su vida, exige de nosotros que no quedemos en predicar siempre la misma cosa: “los vicios y las virtudes, la pena y la gloria”; que no quedemos en una predicación moralista, que no reduzcamos el cristianismo en una doctrina ética, sino que anunciemos “Jesús-Cristo y su crucifijo”, con la alegría y el entusiasmo de Francisco.

La exhortación del papa Francisco “*Evangelii gaudium*”, la alegría del evangelio, está toda impregnada de este espíritu franciscano. Empieza con las palabras: “La alegría del Evangelio colma el corazón y la vida interior de los que encuentran a Jesús”, y ¿quién mejor que Francisco de Asís, ha encarnado la verdad de estas palabras?

“Y Pedro dijo: ¡Arrepentiros!”

Pues ahora tenemos que dar un paso adelante. En el grito de Francisco: en el “Haced penitencia”, está encerrado algo más que tenemos que descubrir, examinando otro texto de las Escrituras.

Pensemos en lo que sucedió el día de Pentecostés. Se oyó el ruido de un viento impetuoso, se vio llamas de fuego “y todos estuvieron colmados del Espíritu Santo”. Siendo el Espíritu Santo el amor personal del Padre y del Hijo, decir que todos estuvieron llenos del Espíritu Santo quiere decir que todos estuvieron colmados del amor de Dios. ¡Vaya terremoto tuvo que producirse para que se sintiesen inundados, bautizados, o sea inmersos en el amor de Dios! Así Pablo explica la Pentecostés: “*El amor de Dios ha sido difuso en nuestros corazones a través del Espíritu Santo que nos ha sido dado*” (Rom,5,5).

Después de este acontecimiento, los apóstoles salen fuera. La unción del Espíritu los ha completamente transformados en antorchas ardientes. Proclaman entusiastas ‘las grandes obras de Dios’ y todos los entienden. Algunos sospechan sobre su estado mental. Pedro les tranquiliza que no están ebrios, pero lo hace casi con prisa, sin extender demasiado. Tiene algo mucho más importante que decir: “*Jesús de Nazaret, le*

habéis crucificado, Dios le ha resucitado y le ha hecho Señor” (Hechos 2,22 y siguientes).

Al oír estas palabras, fueron todos conmovidos y dijeron a Pedro y a los apóstoles: “¿Hermanos, que tenemos que hacer? Y Pedro les respondió: “*Arrepentíos y que cada uno de vosotros sea bautizado en nombre de Jesús-Cristo, para el perdón de vuestros pecados y recibiréis el don del Espíritu Santo*” (Hechos 2, 37-38)

En el texto conocido por Francisco en vez de la palabra “arrepentíos”, era la expresión “*poenitentiam agite*”, o sea otra vez “haced penitencia”. De esa manera hemos descubierto las dos grandes fuentes de la predicación de Francisco, los dos gritos que él quiso hacer resonar de nuevo en la Iglesia: el grito con el cual Jesús empezó el anuncio del Reino y el grito con el cual la Iglesia empezó su predicación el día de Pentecostés.

La palabra utilizada por Pedro es la idéntica a la de Jesús: mismo verbo, mismo modo imperativo, misma segunda personal en plural: *metanoete*, pero la palabra se ha enriquecido de un significado nuevo, debido a lo que sucedió mientras tanto: el rechazo de Jesús de parte del mundo, su muerte y su resurrección. Es por eso que traducir el término con convertíos como en el primer caso, se traduce con arrepíentanse o con arrepentíos.

Es decir, ahora no se trata solamente de creer en el evangelio, se trata de reconocer y de arrepentirse del pecado. Francisco habla a menudo de “hacer penitencia de los pecados”. Ahora esa es la puerta para entrar en el Reino y para experimentar una nueva Pentecostés: “Arrepentíos, después recibiréis el don del Espíritu Santo”.

¿Qué significa la famosa palabra *metanoia*? ¿Qué es el verdadero arrepentimiento y la verdadera contrición? Literalmente, la palabra significa un cambio de pensamiento, del modo de ver y juzgar las cosas, una revolución mental. Pero no se trata de abandonar la manera de pensar en seguida sobre los demás la mentalidad mundana de un tiempo, para formarse otra un poco más espiritual y evangélica. La verdadera *metanoia* es abandonar el propio modo de pensar y adoptar el de Dios, ver a sí mismo y su propia vida como los ve Dios.

Francisco ha conocido la verdadera *metanoia*. Entró en el corazón de Dios y vio el pecado como le ve Dios, desde el interior de su amor paterno sin límites, lo vio por lo que hizo a Cristo en la Cruz. Y lloró, se volvió ciego de tanto llorar, no solo de la enfermedad. Sus lágrimas eran de amor y de dolor, como las que Jesús derramó sobre Jerusalén.

Me pregunté: ¿cuál era el pecado que Francisco nos pediría en particular si volviera a predicar hoy? La respuesta a esta pregunta me llegó a través de una palabra de Jesús: “*Buscad primero el Reino de Dios y todo os será dado por añadidura*”. Nosotros, de hecho, hemos sencillamente puesto los términos al revés: buscamos primero todo el resto – salud, negocios, placeres, divertimento – y el tiempo se nos adelanta, y quizás una hora el domingo, pensamos en Dios, en Jesús y en las cosas de arriba.

Perpetuamos la parábola de los invitados a la boda: *“El reino de los cielos es como un rey que preparó un banquete de bodas para su hijo. Mandó a sus siervos que llamaran a los invitados, ... Pero ellos no hicieron caso y se fueron: uno a su campo, otro a su negocio.”* (Mt 22, 2-5). Para muchos Dios se ha vuelto de un interés “secundario”. Pero Dios no puede ser ya nunca un interés secundario. ¡Es casi peor que no conocerle de nada! El mes pasado estaba comentando el evangelio del IV Domingo del Tiempo Ordinario en la capilla de la ermita donde vivo desde años con algunas monjas clarisas capuchinas. En este pasaje evangélico se habla de los nazarenos que, cabreados por su predicación, empujan a Jesús *“lo llevaron hasta la cumbre de la colina sobre la que estaba construido el pueblo”*. (Lc 4,29). Les hice notar que nosotros hacemos lo mismo cuando relegamos a Jesús encima de la cumbre de nuestra vida, cuando lo ponemos en el margen, haciendo pasar por delante de él una infinidad de cosas.

El Tau en la frente

Para Francisco hacer penitencia significaba entrar en el corazón de Dios, compartir su sufrimiento, ver las cosas desde este centro, a donde todo, especialmente la infidelidad y el pecado, toma su verdadera fisonomía. Algo mejor que todo, nos revela lo que significa para Francisco ‘hacer penitencia’: su increíble devoción al Tau. Hay una historia detrás de esa devoción que conviene de ser recordada. En el profeta Ezequiel leemos:

“La gloria del Dios de Israel, que estaba sobre los querubines, se elevó y se dirigió hacia el umbral del templo. Al hombre vestido de lino que llevaba en la cintura un estuche de escriba, el Señor le llamó y le dijo: «Recorre la ciudad de Jerusalén, y coloca una señal en la frente de quienes giman y hagan lamentación por todos los actos detestables que se cometen en la ciudad”. (Ez 9, 1-4).

En el discurso con el cual abrió el concilio de Letrán IV en 1215, el viejo Papa Inocencio III se reapropió este símbolo. Hubiera querido, decía, ser aquel mismo hombre “vestido de lino, con una bolsa de escriba al flanco” y pasar personalmente en toda la Iglesia para marcar de un *Tau* la frente de las personas que aceptaban de entrar en estado de verdadera conversión”.

No pudo hacerlo en persona por su edad (murió tres meses después), pero solo de escucharle ese día, perdido en la multitud, se pensó que estuviera también Francisco de Asís. De todas maneras, es cierto que el eco del discurso del Papa le llegó, que recogió la llamada y lo hizo suyo. Desde aquel día empezó a predicar, todavía más intensamente que antes, la penitencia y la conversión y a marcar de un *Tau* la frente de las personas que se le acercaban. El *Tau* se convirtió en su sello. Con esto firmaba sus cartas, lo dibujaba en las celdas de sus hermanos.

San Buenaventura pudo decir después de su muerte: “Él recibió del cielo la misión de llamar a los hombres para que lloren, se lamenten ... y para marcar el Tau en la frente

de los que gimen y lloran⁸. Por eso Francisco ha sido definido “el ángel del sexto sello”: el ángel que lleva, él mismo, el sello del Dios viviente y lo marca en la frente de los elegidos (cf. Ap 7,2 s.).

Sé que el símbolo del Tau es particularmente querido por los hermanos y las hermanas del Orden Franciscana Seglar y por eso pido al Seráfico Padre de seguir desde el cielo a imprimir en ellos y en sus corazones este signo, como cuando estaba vivo lo imprimía en la frente de las personas.

P. Raniero Cantalamessa, ofmcap

⁸ S. Bonaventura, *Legg. magg.*, 2 (FF, 1022).